

---

## II

### PARALIPÓMENOS.

---

No hay mas cartas de D. Luis de Vargas que las que hemos transcrito. Nos quedariamos, pues, sin averiguar el término que tuvieron estos amores, y esta sencilla y apasionada historia, si un sujeto, perfectamente enterado de todo, no hubiese compuesto la relación que sigue.

Nadie extrañó en el lugar la indisposición de Pepita, ni menos pensó en buscarle una causa que sólo nosotros, ella, D. Luis, el señor Deán y la indiscreta Antoñona sabemos hasta lo presente.

Más bien hubieran podido extrañarse la vida alegre, las tertulias diarias y hasta los paseos campestres de Pepita durante algún tiempo. El que volviese Pepita á su retiro habitual era naturalísimo.

Su amor por D. Luis, tan silencioso y tan reconcentrado, se ocultó á las miradas investi-

gadoras de doña Casilda, de Currito y de todos los personajes del lugar que en las cartas de D. Luis se nombran. Menos podía saberlo el vulgo. A nadie le cabía en la cabeza, á nadie le pasaba por la imaginación, que *el teólogo, el santo*, como llamaban á D. Luis, rivalizase con su padre, y hubiera conseguido lo que no había conseguido el terrible y poderoso D. Pedro de Vargas: enamorar á la linda, elegante, esquiva y zahareña viudita.

A pesar de la familiaridad que las señoras de lugar tienen con sus criadas, Pepita nada había dejado traslucir á ninguna de las suyas. Sólo Antoñona, que era un lince para todo, y más aún para las cosas de su niña, había penetrado el misterio.

Antoñona no calló á Pepita su descubrimiento, y Pepita no acertó á negar la verdad á aquella mujer que la había criado, que la idolatraba, y que, si bien se complacía en descubrir y referir cuanto pasaba en el pueblo, siendo modelo de maldicientes, era sigilosa y leal como pocas para lo que importaba á su dueña.

De esta suerte se hizo Antoñona la confidenta de Pepita, la cual hallaba gran consuelo en desahogar su corazón con quien, si era vulgar ó grosera en la expresión ó en el lenguaje, no lo era en los sentimientos y en las ideas que expresaba y formulaba.

Por lo dicho se explican las visitas de Antoñona á D. Luis, sus palabras y hasta los feroces, poco respetuosos y mal colocados pellizcos,

con que maceró sus carnes y atormentó su dignidad la última vez que estuvo á verle.

Pepita no sólo no había excitado á Antoñona á que fuese á D. Luis con embajadas, pero ni sabía siquiera que hubiese ido.

Antoñona había tomado la iniciativa, y había hecho papel en este asunto, porque así lo quiso.

Como ya se dijo, se había enterado de todo con perspicacia maravillosa.

Cuando la misma Pepita apenas se había dado cuenta de que amaba á D. Luis, ya Antoñona lo sabía. Apenas empezó Pepita á lanzar sobre él aquellas ardientes, furtivas é involuntarias miradas que tanto destrozo hicieron, miradas que nadie sorprendió de los que estaban presentes, Antoñona, que no lo estaba, habló á Pepita de las miradas. Y no bien las miradas recibieron dulce pago, también lo supo Antoñona.

Poco tuvo, pues, la señora que confiar á una criada tan penetrante y tan zahorí de cuanto pasaba en lo más escondido de su pecho.

A los cinco días de la fecha de la última carta que hemos leído, empieza nuestra narración.

Eran las once de la mañana. Pepita estaba en una sala alta al lado de su alcoba y de su tocador, donde nadie, salvo Antoñona, entraba jamás, sin que llamase ella,

Los muebles de aquella sala eran de poco valor, pero cómodos y aseados. Las cortinas y el forro de los sillones, sofás y butacas eran de

tela de algodón pintada de flores: sobre una mesita de caoba había recado de escribir y papeles; y en un armario, de caoba también, bastantes libros, de devoción y de historia. Las paredes se veían adornadas con cuadros, que eran estampas de asuntos religiosos; pero con el buen gusto inaudito, raro, casi inverosímil en un lugar de Andalucía, de que dichas estampas no fuesen malas litografías francesas, sino grabados de nuestra Calcografía, como el Pismo de Sicilia, de Rafael, el San Ildefonso y la Virgen, la Concepción, el San Bernardo y los dos medios puntos, de Murillo.

Sobre una antigua mesa de roble, sostenida por columnas salomónicas, se veía un contador-cillo ó papelera con embutidos de concha, nácar, marfil y bronce, y muchos cajoncitos donde guardaba Pepita cuentas y otros documentos. Sobre la misma mesa había dos vasos de porcelana con muchas flores. Colgadas en la pared había, por último, algunas macetas de loza de la Cartuja sevillana, con geranio-hiedra y otras plantas, y tres jaulas doradas con canarios y jilgueros.

Aquella sala era el retiro de Pepita, donde no entraban de día sino el médico y el padre vicario, y donde á prima noche entraba sólo el aperador á dar sus cuentas. Aquella sala era y se llamaba el despacho.

Pepita estaba sentada, casi recostada en un sofá, delante del cual había un velador pequeño con varios libros.

Se acaba de levantar, y vestía una ligera

bata de verano. Su cabello rubio, mal peinado aún, parecía más hermoso en su mismo desorden. Su cara, algo pálida y con ojeras, si bien llena de juventud, lozania y frescura, parecía más bella con el mal que le robaba colores.

Pepita mostraba impaciencia; aguardaba á alguien.

Al fin llegó, y entró sin anunciarse la persona que aguardaba, que era el padre vicario.

Después de los saludos de costumbre, y arrellanado el padre vicario en una butaca al lado de Pepita, se entabló la conversación.

—Me alegro, hija mía, de que me hayas llamado; pero, sin que te hubieras molestado en llamarme, ya iba yo á venir á verte. ¡Qué pálida estás! ¿Qué padeces? ¿Tienes algo importante que decirme?

A esta serie de preguntas cariñosas empezó á contestar Pepita con un hondo suspiro. Después dijo:

—¿No adivina V. mi enfermedad? ¿No descubre Vd. la causa de mi padecimiento?

El vicario se encogió de hombros y miró á Pepita con cierto susto, porque nada sabía, y le llamaba la atención la vehemencia con que ella se expresaba.

Pepita prosiguió:

—Padre mío, yo no debí llamar á Vd., sino ir á la iglesia y hablar con Vd. en el confesionario, y allí confesar mis pecados. Por desgracia, no estoy arrepentida, mi corazón se ha

endurecido en la maldad, y no he tenido valor ni me he hallado dispuesta para hablar con el confesor, sino con el amigo.

—¿Qué dices de pecados ni de dureza de corazón? ¿Estás loca? ¿Qué pecados han de ser los tuyos, si eres tan buena?

—No, padre, yo soy mala. He estado engañando á Vd., engañándome á mí misma, queriendo engañar á Dios.

—Vamos, cálmate, serénate; habla con orden y con juicio para no decir disparates.

—¿Y cómo no decirlos cuando el espíritu del mal me posee?

¡Ave María Purísima! Muchacha, no desatienes. Mira, hija mía: tres son los demonios más temibles que se apoderan de las almas, y ninguno de ellos, estoy seguro, se puede haber atrevido á llegar hasta la tuya. El uno es Leviatán, ó el espíritu de la soberbia: el otro Mamón, ó el espíritu de la avaricia: el otro Asmodeo, ó el espíritu de los amores impuros.

—Pues de los tres soy víctima; los tres me dominan.

—¡Qué horror! . . . Repito que te calmes. De lo que tú eres víctima es de un delirio.

—¡Pluguiese á Dios que así fuera! Es, por mi culpa, lo contrario. Soy avarienta, porque poseo cuantiosos bienes y no hago las obras de caridad que debiera hacer; soy soberbia, porque he despreciado á muchos hombres, no por virtud, no por honestidad, sino porque no los hallaba acreedores á mi cariño. Dios me ha

castigado; Dios ha permitido que ese tercer enemigo, de que Vd. habla, se apodere de mi.

—¿Cómo es eso, muchacha? ¿Qué diablura se te ocurre? ¿Estás enamorada quizás? Y si lo estás, ¿qué mal hay en ello? ¿No eres libre? Cástate, pues, y déjate de tonterías. Seguro estoy de que mi amigo D. Pedro de Vargas ha hecho el milagro. ¡El demonio es el tal D. Pedro! Te declaro que me asombra. No juzgaba yo el asunto tan mollar y tan maduro como estaba.

—Pero si no es de D. Pedro de Vargas de quien estoy enamorada.

—¿Pues de quién entonces?

Pepita se levantó de su asiento; fué hacia la puerta; la abrió; miró para ver si alguien escuchaba desde fuera; la volvió á cerrar; se acercó luego al padre vicario, y toda acongojada, con voz trémula, con lágrimas en los ojos, dijo casi al oído del buen anciano:

—Estoy perdidamente enamorada de su hijo.

—¿De qué hijo?—interrumpió el padre vicario, que aún no quería creerlo.

—¿De qué hijo ha de ser? Estoy perdida, frenéticamente enamorada de D. Luis.

La consternación, la sorpresa más dolorosa se pintó en el rostro del cándido y afectuoso sacerdote.

Hubo un momento de pausa. Después dijo el vicario:

—Pero ese es un amor sin esperanza; un amor imposible. Don Luis no te querrá.

Por entre las lágrimas que nublaban los hermosos ojos de Pepita brilló un alegre rayo de luz; su linda y fresca boca, contraída por la tristeza, se abrió con suavidad, dejando ver las perlas de sus dientes y formando una sonrisa.

—Me quiere—dijo Pepita con un ligero y mal disimulado acento de satisfacción y de triunfo, que se alzaba por cima de su dolor y de sus escrúpulos.

Aquí subieron de punto la consternación y el asombro del padre vicario. Si el santo de su mayor devoción hubiera sido arrojado del altar y hubiera caído á sus piés, y se hubiera hecho cien mil pedazos, no se hubiera el vicario consternado tanto. Todavía miró á Pepita con incredulidad, como dudando de que aquello fuese cierto, y no una alucinación de la vanidad mujeril. Tan de firme creía en la santidad de D. Luis y en su misticismo.

—¡Me quiere!—dijo otra vez Pepita, contestando aquella incrédula mirada.

—¡Las mujeres son peores que pateta!—dijo el vicario.—Écháis la zancadilla al mismísimo mengue.

—¿No se lo decía yo á Vd.? ¡Yo soy muy mala!

—¡Sea todo por Dios! Cuéntame lo que ha pasado.

—¿Qué ha de haber pasado? Que le quiero, que le amo, que le adoro; que él me quiere también, aunque lucha por sofocar su amor y tal vez lo consiga; y que Vd., sin saberlo, tiene mucha culpa de todo.

—¡Pues no faltaba más! ¿Cómo es eso de que tengo yo mucha culpa?

—Con la extremada bondad que le es propia, no ha hecho Vd. más que alabarme á D. Luis, y tengo por cierto que á D. Luis le habrá Vd. hecho de mí mayores elogios aún, si bien hartos menos merecidos. ¿Qué había de suceder? ¿Tengo más de veinte años?

—Tienes razón que te sobra. Soy un mentecato. He contribuído poderosamente á esta obra de Lucifer.

El padre vicario era tan bueno y tan humilde, que al decir las anteriores frases estaba confuso y contrito, como si él fuese el reo y Pepita el juez.

Conoció Pepita el egoísmo rudo con que había hecho cómplice y punto menos que autor principal de su falta al padre vicario, y le habló de esta suerte:

—No se aflija Vd., padre mío; no se aflija Vd., por amor de Dios. ¡Mire Vd. si soy perversa! ¡Cometo pecados gravísimos y quiero hacer responsable de ellos al mejor y más virtuoso de los hombres! No han sido las alabanzas que Vd. me ha hecho de D. Luis, sino mis ojos y mi poco recato los que me han perdido. Aunque Vd. no me hubiera hablado jamás de las prendas de D. Luis, de su saber, de su talento y de su entusiasta corazón, yo lo hubiera descubierto todo oyéndole hablar, pues al cabo no soy tan tonta ni tan rústica. Me he fijado además en la gallardía de su persona, en la natural distinción y no aprendida elegancia de

sus modales, en sus ojos llenos de fuego y de inteligencia, en todo él, en suma, que me parece amable y deseable. Los elogios de Vd. han venido sólo á lisonjear mi gusto, pero no á despertarle. Me han encantado porque coincidían con mi parecer y eran como el eco adulador, harto amortiguado y debilísimo, de lo que yo pensaba. El más elocuente encomio que me ha hecho Vd. de D. Luis no ha llegado, ni con mucho, al encomio que sin palabras me hacía yo de él á cada minuto, á cada segundo, dentro del alma.

—¡No te exaltes, hija mía!—interrumpió el padre vicario.

Pepita continuó con mayor exaltación:

—Pero ¡qué diferencia entre los encomios de Vd. y mis pensamientos! Vd. veía y trazaba en D. Luis el modelo ejemplar del sacerdote, del misionero, del varón apostólico; ya predicando el Evangelio en apartadas regiones y convirtiendo infieles, ya trabajando en España para realzar la cristiandad, tan perdida hoy por la impiedad de los unos y la carencia de virtud, de caridad y de ciencia de los otros. Yo, en cambio, me le representaba galán, enamorado, olvidando á Dios por mí, consagrándome su vida, dándome su alma, siendo mi apoyo, mi sostén, mi dulce compañero. Yo anhelaba cometer un robo sacrilego. Soñaba con robársele á Dios y á su templo, como el ladrón, enemigo del cielo, que roba la joya más rica de la veneranda Custodia. Para cometer este robo he desechado los lutos de la viudez y de la orfan-

dad y me he vestido galas profanas; he abandonado mi retiro y he buscado y llamado á mi á las gentes; he procurado estar hermosa; he cuidado con infernal esmero de todo este cuerpo miserable, que ha de hundirse en la sepultura y ha de convertirse en polvo vil; y he mirado, por último, á D. Luis con miradas provocantes, y al estrechar su mano, he querido transmitir de mis venas á las suyas este fuego inextinguible en que me abraso.

—¡Ay, niña, niña! ¡Qué pena me da lo que te oigo! ¡Quién lo hubiera podido imaginar siquiera!

—Pues hay más todavía—añadió Pepita.—Logré que D. Luis me amase. Me lo declaraba con los ojos. Sí; su amor era tan profundo, tan ardiente como el mío. Su virtud, su aspiración á los bienes eternos, su esfuerzo varonil trataban de vencer esta pasión insana. Yo he procurado impedirlo. Una vez, después de muchos días que faltaba de esta casa, vino á verme y me halló sola. Al darme la mano lloré; sin hablar me inspiró el infierno una maldita elocuencia muda, y le di á entender mi dolor porque medesdeñaba, porque no me quería, porque prefería á mi amor otro amor sin mancha. Entonces no supo él resistir á la tentación y acercó su boca á mi rostro para secar mis lágrimas. Nuestras bocas se unieron. Si Dios no hubiera dispuesto que llegase Vd. en aquel instante, ¿qué hubiera sido de mí?

—¡Qué vergüenza, hija mía! ¡Qué vergüenza!  
—dijo el padre vicario.

Pepita se cubrió el rostro con entrambas manos y empezó á sollozar como una Magdalena. Las manos eran, en efecto, tan bellas, más bellas que lo que D. Luis había dicho en sus cartas. Su blancura, su transparencia nítida, lo afilado de los dedos, lo sonrosado, pulido y brillante de las uñas de nácar, todo era para volver loco á cualquier hombre.

El virtuoso vicario comprendió, á pesar de sus ochenta años, la caída ó tropiezo de D. Luis.

—¡Muchacha—exclamó—no seas extremosa! ¡No me partas el corazón! Tranquilízate. Don Luis se ha arrepentido, sin duda, de su pecado. Arrepíentete tú también, y se acabó. Dios os perdonará y os hará unos santos. Cuando D. Luis se va pasado mañana, clara señal es de que la virtud ha triunfado en él, y huye de tí, como debe, para hacer penitencia de su pecado, cumplir su promesa y acudir á su vocación.

—Bueno está eso—replicó Pepita;—cumplir su promesa . . . acudir á su vocación . . . ¡y matarme á mí antes! ¿Por qué me ha querido, por qué me ha engreído, por qué me ha engañado? Su beso fué marca, fué hierro candente con que me señaló como á su esclava. Ahora, que estoy marcada y esclavizada, me abandona y me vende, y me asesina, ¡Feliz principio quiere dar á sus misiones, predicaciones y triunfos evangélicos! ¡No será! ¡Vive Dios que no será!

Este arranque de ira y de amoroso despecho aturdió al padre vicario.

Pepita se había puesto de pie. Su ademán, su gesto tenían una animación trágica. Ella recorrió la sala á grandes pasos. No parecía ya tímida gacela, sino iracunda leona.

—Pues qué—dijo, encarándose de nuevo con el padre vicario—no hay más que burlarse de mí, destrozarme el corazón, humillármele, pisoteármele después de habermele robado por engaño? ¡Se acordará de mí! ¡Me la pagará! Si es tan santo, si es tan virtuoso, ¿por qué me miró prometiéndomelo todo con su mirada? Si ama tanto á Dios, ¿por qué hace mal á una pobre criatura de Dios? ¿Es esto caridad? ¿Es religión esto? No; es egoísmo sin entrañas.

La cólera de Pepita no podía durar mucho. Dichas las últimas palabras, se trocó en desfallecimiento. Pepita se dejó caer en una butaca, llorando más que antes, con una verdadera congoja.

El vicario sintió la más tierna compasión; pero recobró su brío al ver que el enemigo se rendía.

—Pepita, niña—dijo—vuelve en tí; no te atormentes de ese modo. Considera que él habrá luchado mucho para vencerse, que no te ha engañado; que te quiere con toda el alma, pero que Dios y su obligación están antes. Esta vida es muy breve y pronto se pasa. En el cielo os reuniréis y os amaréis como se aman los ángeles. Dios aceptará vuestro sacrificio y os premiará y recompensará con usura. Hasta tu amor propio debe estar satisfecho. ¡Qué no valdrás tú cuando has hecho vacilar y aún pecar

á un hombre como don Luis! ¡Cuán honda herida no habrás logrado hacer en su corazón! Bástete con esto. ¡Sé generosa; sé valiente! Compíte con él en firmeza. Déjale partir; lanza de tu pecho el fuego del amor impuro; ámale como á tu prójimo, por el amor de Dios. Guarda su imagen en tu mente, pero como la criatura predilecta, reservando al Creador la más noble parte del alma. No sé lo que te digo, hija mía, porque estoy muy turbado; pero tú tienes mucho talento y mucha discreción, y me comprendes por medias palabras. Hay además motivos mundanos poderosos que se opondrían á estos absurdos amores, aunque la vocación y promesa de Don Luis no se opusieran. Su padre te pretende: aspira á tu mano por más que tú no le ames. ¿Estará bien visto que salgamos ahora con que el hijo es rival del padre? ¿No se enojará el padre contra el hijo por amor tuyo? Mira cuán horrible es todo esto, y domínate por Jesús Crucificado y por su bendita madre María Santísima.

—¡Qué fácil es dar consejos!—contestó Pepita sosegándose un poco.—¡Qué difícil me es seguirlos, cuando hay como una fiera y desencadenada tempestad en mi cabeza! ¡Si me da miedo de volverme loca!

—Los consejos que te doy son por tu bien. Deja que D. Luis se vaya. La ausencia es gran remedio para el mal de amores. El sanará de su pasión entregándose á sus estudios y consagrándose al altar. Tú, así que esté lejos D. Luis, irás poco á poco serenándote, y

conservarás de él un grato y melancólico recuerdo, que no te hará daño. Será como una hermosa poesía que dorará con su luz tu existencia. Si todos tus deseos pudieran cumplirse . . . ¿quién sabe? . . . Los amores terrenales son poco consistentes. El deleite que la fantasía entrevé, con gozarlos y apurarlos hasta las heces, nada vale comparado con los amargos deijos. ¡Cuánto mejor es que vuestro amor, apenas contaminado y apenas impurificado, se pierda y se evapore ahora, subiendo al cielo como nube de incienso, que no el que muera, una vez satisfecho, á manos del hastío! Ten valor para apartar la copa de tus labios, cuando apenas has gustado el licor que contiene. Haz con ese licor una libación y una ofrenda al Redentor Divino. En cambio, te dará El de aquella bebida que ofreció á la Samaritana; bebida que no cansa, que satisface la sed y que produce vida eterna.

—¡Padre mio! ¡Padre mio! ¡Qué bueno es Vd! Sus santas palabras me prestan valor. Yo me dominaré; yo me venceré. Sería bochornoso, ¿no es verdad que sería bochornoso que D. Luis supiera dominarse y vencerse, y yo fuera liviana y no me venciera? Que se vaya. Se va pasado mañana. Vaya bendito de Dios. Mire Vd. su tarjeta. Ayer estuvo á despedirse con su padre y no le he recibido. Ya no le veré más. No quiero conservar ni el recuerdo poético de que Vd. habla. Estos amores han sido una pesadilla. Yo la arrojaré lejos de mí.

—¡Bien, muy bien! Así te quiero yo, enérgica, valiente.

—¡Ay, padre mio! Dios ha derribado mi soberbia con este golpe; mi engreimiento era insolentísimo, y han sido indispensables los desdenes de ese hombre para que sea yo todo lo humilde que debo. ¿Puedo estar más postrada ni más resignada? Tiene razón D. Luis: yo no le merezco. —¿Cómo, por más esfuerzos que hiciera, habría yo de elevarme hasta él, y comprenderle, y poner en perfecta comunicación mi espíritu con el suyo? Yo soy zafia, aldeana, inculta, necia; él no hay ciencia que no comprenda, ni arcano que ignore, ni esfera encumbrada del mundo intelectual á donde no suba. Allá se remonta en alas de su genio, y á mí, pobre y vulgar mujer, me deja por acá, en este bajo suelo, incapaz de seguirle ni siquiera con una levisima esperanza y con mis desconsolados suspiros.

—Pero, Pepita, por los clavos de Cristo, no digas eso ni lo pienses. ¡Si D. Luis no te desdén por zafia, ni porque es muy sabio y tú no le entiendes, ni por esas majaderías que ahí estás ensartando! El se va porque tiene que cumplir con Dios; y tú debes alegrarte de que se vaya, porque sanarás del amor, y Dios te dará el premio de tan grande sacrificio.

Pepita, que ya no lloraba y que se había enjugado las lágrimas con el pañuelo, contestó tranquila:

—Está bien, padre; yo me alegraré; casi me alegro ya de que se vaya. Deseando estoy que



pase el día de mañana, y que pasado, venga Antoñona á decirme cuando yo despierte: «Ya se fué D. Luis.» Vd. verá como renacen entonces la calma y la serenidad antigua en mi corazón.

—Así sea, dijo el padre vicario; y convencido de que había hecho un prodigio y de que había curado casi el mal de Pepita, se despidió de ella, y se fué á su casa, sin poder resistir ciertos estímulos de vanidad al considerar la influencia que ejercía sobre el noble espíritu de aquella preciosa muchacha.

Pepita, que se había levantado para despedir al padre vicario, no bien volvió á cerrar la puerta y quedó sola, de pie, en medio de la estancia, permaneció un rato inmóvil, con la mirada, aunque sin fijarla en ningún objeto, y con los ojos sin lágrimas. Hubiera recordado á un poeta ó á un artista la figura de Ariadna, como la describe Catulo, cuando Teseo la abandonó en la isla de Naxos. De repente, como si lograrse desatar un nudo que le apretaba la garganta, como si quebrase un cordel que la ahogaba, rompió Pepita en lastimeros gemidos, vertió un raudal de llanto, y dió con su cuerpo, tan lindo y delicado, sobre las losas frías del pavimento. Allí, cubierta la cara con las manos, desatada ya la trenza de sus cabellos, y en desorden la vestidura, continuó en sus sollozos y en sus gemidos.

Así hubiera seguido largo tiempo, si no llega

Antoñona. Antoñona la oyó gemir, antes de entrar y verla, y se precipitó en la sala. Cuando la vió tendida en el suelo, hizo Antoñona mil extremos de furar.

—¡Vea Vd.—dijo—ese zángano, pelgar, vejete, tonto, qué maña da para consolar á sus amigas! Habrá largado alguna barbaridad, algún buen par de coces á esta criaturita de mi alma, y me la ha dejado aquí medio muerta, y él se ha vuelto á la iglesia á preparar lo conveniente para cantarle el gorigori, y rociarla con el hisopo y enterrármela sin más ni más.

Antoñona tendría cuarenta años, y era dura en el trabajo, briosa y más forzada que muchos cavadores. Con frecuencia levantaba poco menos que á pulso una corambre con tres arrobas y medio de aceite ó de vino y la plantaba sobre el lomo de un mulo, ó bien cargaba con un costal de trigo y le subía al alto desván, donde estaba el granero. Aunque Pepita no fuese una paja, Antoñona la alzó del suelo en sus brazos, como si lo fuera, y la puso con mucho tiento sobre el sofá, como quien coloca la alhaja más frágil y primorosa para que no se quiebre.

—¿Qué sopenco es este?—preguntó Antoñona.—Apuesto cualquier cosa á que ese zanguango de vicario te ha echado un sermón de acibar y te ha destrozado el alma á pesadumbres.

Pepita seguía llorando y sollozando sin contestar.

—¡Ea! Déjate de llanto y dime lo que tienes! ¿Qué te ha dicho el vicario?

—Nada ha dicho que pueda ofenderme— contestó al fin Pepita.

Viendo luego que Antoñona aguardaba con impaciencia á que ella hablase, y deseando desahogarse con quien simpatizaba mejor con ella y más *humanamente* la comprendía, Pepita habló de esta manera:

—El padre vicario me amonesta con dulzura para que me arrepienta de mis pecados; para que deje partir en paz á D. Luis; para que me alegre de su partida; para que le olvide. Yo he dicho que sí á todo. He prometido alegrarme de que D. Luis se vaya. He querido olvidarle y hasta aborrecerle. Pero mira, Antoñona, no puedo; es un empeño superior á mis fuerzas. Cuando el vicario estaba aquí, juzgué que tenía yo brio para todo, y no bien se fué, como si Dios me dejara de su mano, perdí los bríos y me caí en el suelo desolada. Yo había soñado una vida venturosa al lado de este hombre que me enamora; yo me veía ya elevada hasta él por obra milagrosa del amor; mi pobre inteligencia en comunión perfectísima con su inteligencia sublime; mi voluntad siendo una con la suya; con el mismo pensamiento ambos; latiendo nuestros corazones acordes. ¡Dios me le quita y se le lleva, y yo me quedo sola, sin esperanza ni consuelo! ¿No es verdad que es espantoso? Las razones del padre vicario son justas, discretas. . . . . Al pronto me convencieron. Pero se fué y todo el valor de

aquellas razones me parece nulo; vano juego de palabras; mentiras, enredos y argucias. Yo amo á D. Luis, y esta razón es más poderosa que todas las razones. Y si él me ama, ¿por qué no lo deja todo y me busca, y se viene á mí y quebranta promesas y anula compromisos? No sabía yo lo que era amor. Ahora lo sé: no hay nada más fuerte en la tierra y en el cielo. ¿Qué no haría yo por D. Luis? Y él por mí nada hace. Acaso no me ama. No, D. Luis no me ama. Yo me engañé; la vanidad me cegó. Si D. Luis me amase, me sacrificaría sus propósitos, sus votos, su fama, sus aspiraciones á ser un santo y á ser una lumbrera de la Iglesia; todo me lo sacrificaría. Dios me lo perdona . . . . . es horrible lo que voy á decir, pero lo siento aquí en el centro del pecho; me arde aquí, en la frente calenturienta; yo por él daría hasta la salvación de mi alma.

—¡Jesús, María y José!—interrumpió Antoñona.

—¡Es cierto, Virgen Santa de los Dolores, perdonadme . . . estoy loca . . . no sé lo que digo y blasfemo!

—Sí, hija mía, ¡estás algo empecatada! ¡Válgame Dios y cómo te ha trastornado el juicio ese teólogo pisaverde! Pues si yo fuera que tú, no la tomaría contra el cielo, que no tiene la culpa; sino contra el mequetrefe del colegial, y me las pagaría ó me borraría el nombre que tengo. Ganas me dan de ir á buscarle y traértele aquí de una oreja, y obligarle á que te pida perdón y á que te bese los pies de rodillas.

—No, Antoñona. Veo que mi locura es contagiosa, y que tú deliras también. En resolución, no hay más recurso que hacer lo que me aconseja el padre vicario. Lo haré aunque me cueste la vida. Si muero por él, él me amará, él guardará mi imagen en su memoria, mi amor en su corazón; y Dios, que es tan bueno, hará que yo vuelva á verle en el cielo con los ojos del alma, y que allí nuestros espíritus se amen y se confundan.

Antoñona, aunque era recia de veras y nada sentimental, sintió, al oír esto, que se le saltaban las lágrimas.

—Caramba, niña, dijo Antoñona, vas á conseguir que suelte yo el trapo á llorar y que berree como una vaca. Cálmate y no pienses en morirte ni de chanza. Veo que tienes muy excitados los nervios. ¿Quieres que traiga una taza de tila?

—No, gracias. Déjame . . . ya ves como estoy sosegada.

—Te cerraré las ventanas, á ver si duermes. Si no duermes hace días, ¿cómo has de estar? ¡Mal haya el tal D. Luis y su manía de meterse á cura! ¡Buenos supiripandos te cuesta!

Pepita había cerrado los ojos; estaba en calma y en silencio, harta ya de coloquio con Antoñona.

Esta, creyéndola dormida, ó deseando que durmiera, se inclinó hacia Pepita, puso con lentitud y suavidad un beso sobre su blanca frente, le arregló y plegó el vestido sobre el cuerpo, entornó las ventanas para dejar el cuarto á

media luz, y se salió de puntillas, cerrando la puerta sin hacer el menor ruido.

Mientras que ocurrían estas cosas en casa de Pepita no estaba más alegre y sosegado en la suya el Sr. D. Luis de Vargas.

Su padre, que no dejaba casi ningún día de salir al campo á caballo, había querido llevarle en su compañía; pero D. Luis se había excusado con que le dolía la cabeza, y D. Pedro se fué sin él. D. Luis había pasado solo toda la mañana, entregado á sus melancólicos pensamientos, y más firme que roca en su resolución de borrar de su alma la imagen de Pepita, y de consagrarse á Dios por completo.

No se crea, con todo, que no amaba á la joven viuda. Ya hemos visto por las cartas la vehemencia de su pasión; pero él seguía enfrenándola con los mismos afectos piadosos y consideraciones elevadas de que en las cartas da larga muestra, y que podemos omitir aquí para no pecar de prolijos.

Tal vez, si profundizamos con severidad en este negocio, notaremos que contra el amor de Pepita no luchaban sólo en el alma de D. Luis el voto hecho ya en su interior, aunque no confirmado, el amor de Dios, el respeto á su padre, de quien no quería ser rival, y la vocación, en suma, que sentía por el sacerdocio. Había otros motivos de menos depurados quilates y de más baja ley.

D. Luis era pertinaz, era terco: tenía aquella

condición que bien dirigida constituye lo que se llama firmeza de carácter, y nada había que le rebajase más á sus propios ojos que el variar de opinion y de conducta. El propósito de toda su vida, lo que había sostenido y declarado ante cuantas personas le trataban, su figura moral, en una palabra que era ya la de un aspirante á santo, la de un hombre consagrado á Dios, la de un sujeto imbuido en las más sublimes filosofías religiosas, todo esto no podía caer por tierra sin gran mengua de D. Luis, como caería, si se dejase llevar del amor de Pepita Jiménez. Aunque el precio era sin comparación mucho más subido, á D. Luis se le figuraba que si cedía iba á remedar á Esaú, y á vender su primogenitura y á deslustrar su gloria.

Por lo general los hombres solemos ser juguete de las circunstancias; nos dejamos llevar de la corriente, y no nos dirigimos sin vacilar á un punto. No elegimos papel, sino tomamos y hacemos el que nos toca; el que la ciega fortuna nos depara. La profesión, el partido político, la vida entera de muchos hombres pende de casos fortuitos, de lo eventual, de lo caprichoso y no esperado de la suerte.

Contra esto se rebelaba el orgullo de D. Luis con titánica pujanza. ¿Qué se diría de él, y sobre todo, qué pensaría él de sí mismo, si el ideal de su vida, el hombre nuevo que había creado en su alma, si todos sus planes de virtud, de honra y hasta de santa ambición se desvaneciesen en un instante, se derritiesen al

calor de una mirada, por la llama fugitiva de unos lindos ojos, como la escarcha se derrite con rayo débil aún del sol matutino?

Estas y otras razones de un orden egoísta militaban también contra la viuda, á par de las razones legítimas y de sustancia; pero todas las razones se revestían del mismo hábito religioso, de manera que el propio D. Luis no acertaba á reconocerlas y distinguirlas, creyendo amor de Dios, no sólo lo que era amor de Dios, sino asimismo el amor propio. Recordaba, por ejemplo, las vidas de muchos santos, que habían resistido tentaciones mayores que las suyas, y no quería ser menos que ellos. Y recordaba, sobre todo, aquella entereza de San Juan Crisóstomo, que supo desestimar los halagos de una madre amorosa y buena, y su llanto y sus quejas dulcísimas y todas las elocuentes y sentidas palabras que le dijo para que no la abandonase y se hiciese sacerdote, llevándole para ello á su propia alcoba, y haciéndole sentar junto á la cama en que le había parido. Y después de fijar en esto la consideración, don Luis no se sufría á sí propio el no menospreciar las súplicas de una mujer extraña á quien hacía tan poco tiempo que conocía, y el vacilar aún entre su deber y el atractivo de una joven, tal vez más que enamorada, coqueta.

Pensaba luego D. Luis en la alteza soberana de la dignidad del sacerdocio á que estaba llamado, y la veía por cima de todas las instituciones y de las miserables coronas de la tierra: porque no ha sido hombre mortal, ni capricho

del voluble y servil populacho, ni irrupción ó avenida de gente bárbara, ni violencia de amotinadas huestes movidas de la codicia, ni ángel, ni arcángel, ni potestad criada, sino el mismo Paráclito quien la ha fundado. ¿Cómo por el liviano incentivo de una mozuela, por una lagrimilla quizás mentida, despreciar esa dignidad augusta, esa potestad que Dios no concedió ni á los arcángeles que están más cerca de su trono? ¿Cómo bajar á confundirse entre la oscura plebe, y ser uno del rebaño, cuando ya soñaba ser pastor, atando y desatanpo en la tierra para que Dios ate y desate en el cielo, perdonando los pecados, regenerando á las gentes por el agua y por el espíritu, adoctrinándolas, en nombre de una autoridad infalible, dictando sentencias que el Señor de las alturas ratifica luego y confirma, siendo iniciador y agente de tremendos misterios, inasequibles á la razón humana, y haciendo descender del cielo, no como Elías la llama que consume la víctima, sino al Espíritu-Santo, al Verbo hecho carne y el torrente de la gracia, que purifica los corazones y los deja limpios como el oro?

Cuando D. Luis reflexionaba sobre todo esto, se elevaba su espíritu, se encumbraba por cima de las nubes en la región empírea, y la pobre Pepita Jiménez, quedaba allá muy lejos, y apenas si él la veía.

Pero pronto se abatía el vuelo de su imaginación, y el alma de D. Luis tocaba á la tierra y volvía á ver á Pepita, tan graciosa, tan joven, tan candorosa y tan enamorada, y Pepita com-

batía dentro de su corazón contra sus más fuertes y arraigados propósitos, y D. Luis temía que diese al traste con ellos.

Así se atormentaba D. Luis con encontrados pensamientos, que se daban guerra, cuando entró Currito en su cuarto sin decir oxe ni moxe.

Currito, que no estimaba gran cosa á su primo mientras no fué más que teólogo, le veneraba, le admiraba y formaba de él un concepto sobrehumano desde que le había visto montar tan bien en Lucero.

Saber teología y no saber montar desacreditaba á D. Luis á los ojos de Currito; pero cuando Currito advirtió que sobre la ciencia y sobre todo aquello que él no entendía, si bien presumía difícil y enmarañado, era D. Luis capaz de sostenerse tan bizarramente en las espaldas de una fiera, ya su veneración y su cariño á D. Luis no tuvieron límites. Currito era un holgazán, un perdido, un verdadero mueble, pero tenía un corazón afectuoso y leal. A D. Luis, que era el ídolo de Currito, le sucedía como á todas las naturalezas superiores con los seres inferiores que se les aficianan. D. Luis se dejaba querer; esto es, era dominado despóticamente por Currito en los negocios de poca importancia. Y como para hombres como D. Luis casi no hay negocios que la tengan en la vida vulgar y diaria, resultaba que Currito llevaba y traía á D. Luis como un zarandillo.

—Vengo á buscarte—le dijo—para que me acompañes al casino, que está animadísimo hoy y lleno de gente. ¿Qué haces aquí solo, tonteando y hecho un papamoscas?

Don Luis, casi sin replicar, y como si fuera mandato, tomó su sombrero y su bastón, y diciendo—vámonos donde quieras—siguió á Currito, que se adelantaba, tan satisfecho de aquel dominio que ejercía.

El casino, en efecto, estaba de bote en bote, gracias á la solemnidad del día siguiente, que era el día de San Juan. A más de los señores del lugar, había muchos forasteros, que habían venido de los lugares inmediatos para concurrir á la feria y velada de aquella noche.

El centro de la concurrencia era el patio, enlosado de marmol, con fuente y surtidor en medio y muchas macetas de don-pedros, gala-de-Francia, rosas, claveles y albahaca. Un toldo de lona doble cubría el patio, preservándole del sol. Un corredor ó galería, sostenida por columnas de marmol, le circundaba; y así en la galería, como en varias salas á que la galería daba paso, había mesas de tresillo, otras con periódicos, otras para tomar café ó refrescos; y, por último, sillas, banquillos y algunas butacas. Las paredes estaban blancas como la nieve, del frecuente enjalbiego, y no faltaban cuadros que las adornasen. Eran litografías francesas iluminadas, con circunstanciada explicación bilingüe escrita por bajo. Unas representaban la vida de Napoleón I, desde Toulón á Santa Elena; otras, las aventuras de

Matilde y Malek-Adel; otras, los lances de amor y de guerra del Templario, Rebeca, Lady Rowena é Ivanhoe; y otras, los galanteos, travesuras, caídas y arrepentimientos de Luis XIV y la señorita de la Vallière.

Currito llevó á D. Luis, y D. Luis se dejó llevar, á la sala donde estaba la flor y nata de los elegantes *dandies* y *cocodés* del lugar y de toda la comarca. Entre ellos descollaba el Conde de Genazahar, de la vecina ciudad de.... Era un personaje ilustre y respetado. Había pasado en Madrid y en Sevilla largas temporadas, y se vestía con los mejores sastres, así de majó como de señorito. Había sido diputado dos veces, y había hecho una interpelación al Gobierno sobre un atropello de un alcalde-corregidor.

Tendría el Conde de Genazahar treinta y tantos años; era buen mozo y lo sabía, y se jactaba además de tremendo en paz y en lides, en desafíos y en amores. El Conde, no obstante, y á pesar de haber sido uno de los más obstinados pretendientes de Pepita, había recibido las confitadas calabazas que ella solía propinar á quienes la requebraban y aspiraban á su mano.

La herida que aquel duro y amargo confite había abierto en su endiosado corazón, no estaba cicatrizada todavía. El amor se había vuelto odio, y el Conde se desahogaba á menudo, poniendo á Pepita como chupa de dómine,

En este ameno ejercicio se hallaba el Conde

cuando quiso la mala ventura que D. Luis y Currito llegasen y se metiesen en el corro, que se abrió para recibirlos, de los que oían el extraño sermón de honras. Don Luis, como si el mismo diablo lo hubiera dispuesto, se encontró cara á cara con el Conde, que decia de este modo:

—No es mala pécora la de Pepita Jiménez. Con más fantasía y más humos que la infanta Micomicona, quiere hacernos olvidar que nació y vivió en la miseria hasta que se casó con aquel pelele, con aquel vejestorio, con aquel maldito usurero, y le cogió los ochavos. La única cosa buena que ha hecho en su vida la tal viuda es concertarse con Satanás para enviar pronto al infierno á su galopín de marido, y librar la tierra de tanta infección y de tanta peste. Ahora le ha dado á Pepita por la virtud y por la castidad. ¡Bueno estará todo ello! Sabe Dios si estará enredada de ocultis con algún gañán, y burlándose del mundo como si fuese la reina Artemisa.

A las personas recogidas, que no asisten á reuniones de hombres solos, escandilizará sin duda este lenguaje, les parecerá desbocado y brutal hasta la inverosimilitud; pero los que conocen el mundo confesarán que este lenguaje es muy usado en él, y que las damas más bonitas, las más agradables mujeres, las más honradas matronas suelen ser blanco de tiros no menos infames y soeces, si tienen un enemigo, y aun sin tenerle, porque á menudo se murmura, ó mejor dicho, se injuria y se des-

honra á voces para mostrar chiste y desenfado.

Don Luis, que desde niño había estado acostumbrado á que nadie se descompusiese en su presencia ni le dijese cosas que pudieran enojarle, porque durante su niñez le rodeaban criados, familiares y gente de la clientela de su padre, que atendían sólo á su gusto, y después en el Seminario, así por sobrino de Deán, como por lo mucho que él merecía, jamás había sido contrariado, sino considerado y adulado, sintió un aturdimiento singular, se quedó como herido por un rayo, cuando vió al insolente Conde arrastrar por el suelo, mancillar y cubrir de inmundo lodo la honra de la mujer que amaba.

¿Cómo defenderla, no obstante? No se le ocultaba que, si bien no era marido, ni hermano, ni paciente de Pepita, podía sacar la cara por ella como caballero, pero veía el escándalo que esto causaría cuando no había allí ningún profano que defendiese á Pepita, antes bien todos reían al Conde la gracia. El, casi ministro ya de un Dios de paz, no podía dar un mentís y exponerse á una riña con aquel desvergonzado.

Don Luis estuvo por enmudecer é irse; pero no lo consintió su corazón, y pugnando por revestirse de una autoridad que ni sus años juveniles, ni su rostro, donde había más bozo que barbas, ni su presencia en aquel lugar consentían, se puso á hablar con verdadera elocuencia contra los maldicientes y á echar en rostro al Conde, con libertad cristiana y con acento severo, la fealdad de su ruin acción.

Fué predicar en desierto, ó peor que predicar en desierto. El Conde contestó con pullas y burlas á la homilía: la gente, entre la que habia no pocos forasteros, se puso del lado del burlón, á pesar de ser D. Luis el hijo del cacique; el propio Currito, que no valia para nada y era un blandengue, aunque no se rió, no defendió á su amigo, y éste tuvo que retirarse, vejado y humillado bajo el peso de la chacota.

—¡Esta flor le faltaba al ramo! murmuró entre dientes el pobre D. Luis cuando llegó á su casa, y volvió á meterse en su cuarto, mohino y maltratado por la rechifla, que él se exageraba y se figuraba insufrible. Se echó de golpe en un sillón, abatido y descorazonado, y mil ideas contrarias asaltaron su mente.

La sangre de su padre, que hervia en sus venas, le despertaba la cólera y le excitaba á ahorcar los hábitos, como al principio le aconsejaban en el lugar, y dar luego su merecido al señor Conde; pero todo el porvenir que se habia creado se deshacia al punto, y veía al Deán, que renegaba de él; y hasta el Papa, que habia enviado ya la dispensa pontificia para que se ordenase antes de la edad, y el prelado diocesano, que habia apoyado la solicitud de la dispensa en su probada virtud, ciencia sólida y firmeza de vocación, se le aparecian para convenirle.

Pensaba luego en la teoría chistosa de su padre sobre el complemento de la persuasión

de que se valian el apóstol Santiago, los obispos de la Edad Media, D. Inigo de Loyola y otros personajes, y no le parecia tan descabellada la teoría, arrepintiéndose casi de no haberla practicado.

Recordaba entonces la costumbre de un doctor ortodoxo, insigne filósofo persa contemporáneo, mencionada en un libro reciente escrito sobre aquel país; costumbre que consistia en castigar con duras palabras á los discipulos y oyentes cuando se reían de las lecciones ó no las entendian; y, si esto no bastaba, descender de la cátedra sable en mano y dar á todos una paliza. Este método era eficaz, principalmente en la controversia, si bien dicho filósofo habia encontrado una vez á otro contrincante del mismo orden, que le habia hecho un chirlo descomunal en la cara.

Don Luis, en medio de su mortificación y mal humor, se reía de lo cómico del recuerdo; hallaba que no faltarian en España filósofos que adoptarian de buena gana el método persiano; y si él no le adoptaba también, no era á la verdad por miedo del chirlo, sino por consideraciones de mayor valor y nobleza.

Acudían, por último, mejores pensamientos á su alma y le consolaban un poco.

—Yo he hecho muy mal— se decía—en predicar allí; debí haberme callado. Nuestro Señor Jesucristo lo ha dicho: «No deis á los perros las cosas santas, ni arrojéis vuestras margaritas á los cerdos, porque los cerdos se revolverán contra vosotros y os hollarán con sus asquero-



sas pezuñas.» Pero no, ¿por qué me he de quejar? ¿Por qué he de volver injuria por injuria? ¿Por qué me he de dejar vencer de la ira? Muchos santos Padres lo han dicho: «La ira es peor aún que la lascivia en los sacerdotes.» La ira de los sacerdotes ha hecho verter muchas lágrimas y ha causado males horribles. Esta ira, consejera tremenda, tal vez los ha persuadido de que era menester que los pueblos sudaran sangre bajo la presión divina, y na traído á sus encarnizados ojos la visión de Isaías, y han visto y han hecho ver á sus secuaces fanáticos al manso Cordero convertido en vengador inexorable, descendiendo de la cumbre de Edón, soberbio con la muchedumbre de su fuerza, pisoteando á las naciones como el pisador pisa las uvas en el lagar, y con la vestimenta levantada y cubierto de sangre hasta los muslos. ¡Ah, no, Dios mio! Voy á ser tu ministro; tú eres un Dios de paz, y mi primera virtud debe ser la mansedumbre. Lo que enseñó tu Hijo en el sermón de la Montaña tiene que ser mi norma. No ojo por ojo, ni diente por diente, sino amar á nuestros enemigos. Tú amaneces sobre justos y pecadores, y derramas sobre todos la lluvia fecunda de tus inexhaustas bondades. Tú eres nuestro Padre, que estás en el cielo, y debemos ser perfectos como tú, perdonando á quienes nos ofendan, y pidiéndote que los perdones porque no saben lo que se hacen. Yo debo recordar las bienaventuranzas. Bienaventurados cuando os ultrajaren y persiguieren y dijeren todo mal de voso-

tros. El sacerdote, el que va á ser sacerdote, ha de ser humilde, pacífico, manso de corazón. No como la encina, que se levanta orgullosa hasta que el rayo la hiere, sino como las hierbecillas fragantes de las selvas y las modestas flores de los prados, que dan más suave y grato aroma cuando el villano las pisa.

En estas y otras meditaciones por el estilo trascurrieron las horas hasta que dieron las tres, y D. Pedro, que acababa de volver del campo, entró en el cuarto de su hijo para llamarle á comer. La alegre cordialidad del padre, sus chistes, sus muestras de afecto no pudieron sacar á D. Luis de la melancolía, ni abrirle el apetito. Apenas comió; apenas habló en la mesa.

Si bien disgustadísimo con la silenciosa tristeza de su hijo, cuya salud, aunque robusta, pudiera resentirse, como D. Pedro era hombre que se levantaba al amanecer y bregaba mucho durante el día, luego que acabó de fumar un buen cigarro habano de sobremesa, acompañándole con su taza de café y su copita de aguardiente de anís doble, se sintió fatigado; y, según costumbre, se fué á dormir sus dos ó tres horas de siesta.

Don Luis tuvo buen cuidado de no poner en noticia de su padre la ofensa que le había hecho el Conde de Genahazar. Su padre, que no iba á cantar misa y que tenía una indole poco sufrida, se hubiera lanzado al instante á tomar la venganza que él no tomó.

Solo ya D. Luis, dejó el comedor para no

ver á nadie, y volvió al retiro de su estancia para abismarse más profundamente en sus ideas.

Abismado en ellas estaba hacía largo rato, sentado junto al bufete, los codos sobre él, y en la derecha mano apoyada la mejilla, cuando sintió cerca ruido. Alzó los ojos y vió á su lado á la entrometida Antoñona, que había penetrado como una sombra, aunque tan maciza, y que le miraba con atención y con cierta mezcla de piedad y de rabia.

Antoñona se había deslizado hasta allí sin que nadie lo advirtiese, aprovechando la hora en que comían los criados y D. Pedro dormía, y había abierto la puerta del cuarto y la había vuelto á cerrar tras sí con tal suavidad, que D. Luis, aunque no hubiera estado tan absorto, no hubiera podido sentirla.

Antoñona venía resuelta á tener una conferencia muy seria con D. Luis; pero no sabía á punto fijo lo que iba á decirle. Sin embargo, había pedido, no se sabe si al cielo ó al infierno, que desatase su lengua y que le diese habla, y habla no chabacana y grotesca, como la que usaba por lo común, sino culta, elegante é idónea para las nobles reflexiones y bellas cosas que ella imaginaba que le convenía expresar.

Cuando D. Luis vió á Antoñona arrugó el entrecejo, mostró bien en el gesto lo que le contrariaba aquella visita, y dijo con tono brusco:

menos. ¿No eres tan santo? Pues los santos son compasivos y además valerosos. No huyas como un cobardón grosero, sin despedirte. Ven á ver á mi niña, que está enferma. Haz esta obra de misericordia.

—¿Y qué conseguiré con esa visita? Agravar el mal en vez de sanarle.

—No será así; no estás en el busilis. Tú irás allí, y con esa cháchara que gastas y esa labia pue Dios te ha dado, le infundirás en los cascos la resignación, y la dejarás consolada; y si le dices que la quieres y que por Dios sólo la dejas, al menos su vanidad de mujer no quedará ajada.

—Lo que me propones es tentar á Dios, es peligroso para mí y para ella.

—¿Y por qué ha de ser tentar á Dios? Pues si Dios ve la rectitud y la pureza de tus intenciones, ¿no te dará su favor y su gracia para que no te pierdas en esta ocasión en que te pongo con sobrado motivo? ¿No debes volar á librar á mi niña de la desesperación y traerla al buen camino? Si se muriera de pena por verse así desdeñada, ó si rabiosa agarrase un cordel y se colgase de una viga, créeme, tus remordimientos serían peores que las llamas de pez y azúire de las calderas de Lucifer.

—¡Qué horror! No quiero que se desespere. Me revestiré de todo mi valor; iré á verla

—¡Bendito seas! ¡Si me lo decía el corazón! ¡Si eres bueno!

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Ésta noche á las diez en punto. Yo estaré